

MOUNIER Y ELLACURIA EN EL OCASO DEL COMUNISMO

Mounier, europeo circunscrito en la problemática burguesa, Ellacuría, latinoamericano centrado en la liberación fueron dos hombres con espíritu de servicio a los pobres, a los millones de hombres y mujeres que llevan una vida indigna de seres humanos.

J. L. Vázquez Borau

Emmanuel Mounier (1905-1950), místico, profeta y testigo, es una fuerza espiritual, cuyo influjo, cuarenta años después de su muerte, sigue alentando vidas y suscitando inquietudes sociales.

Pensador independiente, se adelantó a tantas innovaciones y a reformas múltiples sin claudicar ante las presiones que le acechaban por doquier. Mounier fue un convencido de que la grandeza de un pensador radica en el doble empeño de servir a la verdad y a la libertad. Quizá por ello, además de ser un luchador, fue un incomprendido.

Mounier captó con profundidad la idea de que filosofar no consiste en hacer discursos fantásticos para seres fantásticos, porque de lo que se trata es de hablar a hombres existentes, concretos. Hombres que se preguntan, sufren, viven en la opresión, quizá inconscientemente. Como dice en su obra *El compromiso comunitario*, «nuestra acción no está dirigida al éxito, sino al testimonio; es decir, las ideas no nos dejan tranquilos; no tendríamos amor si no quisiéramos con todas nuestras fuerzas su realización. Y aun estando seguros del fracaso, partiríamos de todas formas, porque el silencio ha llegado a ser intolerante». Se trata pues de liberar a la persona, de hacerla tomar conciencia de su dignidad. Y esto desde el ambiente burgués en el que Mounier se desenvuelve. Para él, el burgués es un ser desgraciado que mantiene en su vida escala de valores de la seguridad, el confort, la consideración, el privilegio, y la propiedad. Y no se da cuenta de que no posee él sus cosas, sino que éstas le poseen a él, ya que se mueve en un mundo material de intereses y egoísmo, del que está ausente el amor.

Es por todo lo dicho que Mounier, frente al individualismo y el totalitarismo, oferta la utopía del PERSONALISMO COMUNITARIO, donde la comunidad sería «una persona nueva que une a las personas que forman por el corazón de ellas mismas. Una comunidad en la que cada persona se realiza en la totalidad de una vocación continuamente fecunda, y la comunión del conjunto sería una resultante viva de éxitos particulares. El lugar de cada

uno sería en ella insustituible, al mismo tiempo que armonizado con el todo. El amor sería la unión primera, y no algún contrato, algún interés económico o vital, ningún manejo extrínseco. Cada persona encontraría allí, en los valores comunes, trascendentes al espacio y la duración particular, la unión que las religaría a todas.

En el *Tratado del carácter*, obra del período de madurez, que escribió Mounier estando en la cárcel, de enero 1942 a octubre 1943, y en donde, curiosamente, un sacerdote católico se negó a darle el Pan Eucarístico porque, se había rebelado contra el Poder establecido, fruto de la sociedad capitalista, dejó consignadas estas palabras: «Quien elige el partido de la inteligencia no elige una vida fácil. Tiene que dar testimonio de una Verdad Trascendente, en cuyo transcurso debería combatir los límites y las pasiones de sus propios amigos, tiene que comprometerse en una acción que herirá acada paso las fidelidades más queridas, y no puede rechazar ni uno ni otro aspecto, ni conciliarlos jamás en una armonía perfecta. Tiene que desplazarse continuamente del uno al otro lado, acusado aquí de traicionar la disciplina de combate; allí de ofender la verdad, desgarrado en su propia conciencia y en cada una de sus decisiones. Incansablemente debe sostener los dos extremos de la cadena: por un lado, recordar con firmeza las exigencias de la verdad, luchando a brazo partido contra la mentira y la explotación utilitaria de los valores espirituales; salvar, salvar y salvar en el momento en que los combates sólo buscan confundir, odiar y destruir; y al mismo tiempo elegir y sacrificar».

En el *Manifiesto al servicio del personalismo*, Mounier desenmascara abiertamente las lacras del liberalismo burgués: «Al reducir al hombre a una individualidad abstracta, sin vocación, sin responsabilidad, sin resistencia, el individualismo burgués es el aposento responsable del reino del *dinero*, que es la raíz profunda del mal». Y en la revista *Esprit* lo denuncia una y otra vez: «Unos hombres reducidos a la pasión del provecho que acumulan o a la envidia del provecho que se les niega; los beneficios y el control de la economía concentrados en un pequeño número de fuerzas que regulan absurdamente la producción, la esclavizan a los caprichos de las finanzas y se apoderan, para su interés, de los gobiernos, de la prensa, de la opinión y de la paz de los pueblos; un maquinismo orientado a sus fines en lugar de servir a la expansión de la vida humana; la anarquía, el paro, la miseria». Para Mounier, la técnica, el progreso y el trabajo deben ser puestos al servicio del hombre, y no viceversa, como ocurre en el sistema capitalista, en el que la persona del obrero es considerada como un simple instrumento de la eficacia y la producción.

Según Mounier el marxismo «es un hijo rebelde del capitalismo, cuya fe en la materia ha heredado». Es decir, si existe es a causa de los desórdenes de una sociedad corrompida que ha provocado la aparición de esta fuerza ideológica y política, que se ha presentado a los ojos del obrero como constructora de una sociedad revolucionaria. Pero hay que reconocer al menos que esta ideología ha contribuido a desenmascarar el pensamiento burgués.

Una cierta colectivización, piensa Mounier, es buena, favorece la vida

personal, pero a condición de que no mate la iniciativa y que no esclavice al hombre. Trabajo, vida política y organizaciones sociales sacan al hombre del solipsismo, pero si no están al servicio de la comunidad personalista, se vuelven contra él. Si el marxismo pretende ser un humanismo, debe reconocer que el hombre es mucho más que pura naturaleza. *El hombre también es interioridad*.

Una revolución socialista es una organización real, honesta y eficaz de la democracia. Pero lo que Mounier teme y expresa en *Les certitudes difíciles* es que el colectivismo «desdénha toda psicología concreta de la creación y del trabajo personales. Lo que nosotros tenemos no es el orden y la disciplina socialistas, sino el paso del umbral a partir del cual se convierte en tiranía, la disciplina mantiene el anquilosamiento, la policía generaliza el miedo, la desolación y el envilecimiento de las conciencias; todo ello con el fin de mejorar la existencia». Mounier defiende un *Socialismo humanista* que en todo momento esté al servicio del hombre total.

Mounier, finalmente, se pregunta: ¿Quién hará esta revolución? Y responde: *El pueblo*. Todo el pueblo. No sólo el proletariado, como propone el mesianismo marxista, sino todos los elementos sanos del pueblo. Es precisamente en este punto cuando conectamos con el *testimonio-martirio de Ellacuría y sus compañeros*, quienes, en el contexto global de América Latina, desde El Salvador, apoyaban, de una manera decidida, «a las mayorías populares». Lo suyo no era sostener un partido político o un gobierno concreto, ni siquiera un movimiento popular determinado, sino juzgar de cualquiera de ellos y animar cualquier cosa de ellos que ayudara a la justicia para el pueblo. En esto, como en tantas otras cosas, eran fieles a las palabras de Monseñor Oscar Romero: «Hay que juzgar de los procesos políticos según vayan o no en beneficio del pueblo».

Estos compañeros de Jesús eran hombres con espíritu de servicio a los pobres, a los millones de hombres y mujeres que llevan una vida indigna de seres humanos. Encontraron a Dios en el rostro doloroso de los pobres y lo encontraron crucificado en el pueblo crucificado. Y también encontraron a Dios en esos gestos de resurrección, grandes y pequeños, de los pobres. Por eso, eran unos «contemplativos en la acción de la justicia», pues intentaban cambiar el rostro de Dios, oculto y desfigurado en los pobres oprimidos, por el rostro del Dios viviente que da vida y resucita a las víctimas.

La pasión por la *verdad* de Ellacuría y sus compañeros, les llevó a desenmascarar la mentira y eso no se perdona. El pecado del mundo, las estructuras de injusticia que dan muerte, no son sólo injustas, sino que tratan de ocultar su maldad e incluso hacerse pasar por cosas buenas. Pero cuando se las desenmascara, los ídolos de muerte aniquilan a la luz. Esta necesidad es estructural y no proviene de la crueldad de tal o cual persona. Es la necesaria reacción del idolo de la riqueza, la absolutización del capital, y del idolo de la seguridad nacional. Y como no se puede tocar a los ídolos impunemente, tal como describió Monseñor Romero: «¡Ay del que toca la riqueza. Es como un cable de alta tensión. Se muere!». Eso es lo que ocurrió con los seis jesuitas y con tantos otros.